

Pregón de Semana Santa. Domingo de Ramos
Procesión Comarca de Talavera (2018)
+ Ángel Fernández Collado, Obispo auxiliar

En esta tarde del Domingo de Ramos, acompañando en procesión a estas imágenes tan queridas de nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María, nos vamos a adentrar en el espíritu cristiano de la Semana Santa que queremos vivir en profundidad en estos días y muy cerca de Jesucristo. Es importante realizarlo con el silencio y el espíritu interior que nos ayuden a vivir con auténtico sentido cristiano los días sagrados de la Semana Santa, los misterios de nuestra salvación: Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. La fuerza transformante del amor de Dios se hace realidad en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Cómo impresionan estos hechos y las situaciones tan injustas y dolorosas por las que tuvo que pasar a Jesús hasta el momento culmen de su muerte en la Cruz. Murió por nosotros, por nuestros pecados, para libranos del pecado y de la muerte. Murió por amor a todos y cada uno de nosotros. Como San Pablo, también nosotros podemos decir: *“Murió y se entregó por mí”*. Su muerte nos ha salvado y ha conseguido para nosotros, si creemos y vivimos en Él, la vida eterna.

Ahora vamos a comenzar esta Procesión con diversas imágenes de Jesucristo y de su madre y nuestra madre, la Santísima Virgen María. ¿Porqué sacamos en procesión estas imágenes cada año?. Esta puede ser la respuesta: porque la fe y el amor a Dios y a la Virgen María, después de leer y escuchar el Relato de la Pasión y Muerte de Jesucristo en la Cruz, nos mueven a que un año tras otro volvamos a sacar en procesión estas imágenes. Porque si se ama, se necesita volver a ver el rostro del que se ama, y la Iglesia solo tiene un deseo: volver a ver el rostro de su Señor Jesucristo, el amor de Dios manifestado por nosotros en la persona o el rostro de su Hijo Jesucristo. Con Él, el amor de Dios transformará el mundo y habrá en él hombres santos, cristianos llenos de caridad y misericordia, hijos de Dios viviendo como tales y sintiéndose orgullosos de serlo.

El amor impregna todo el relato de la Pasión y cada una de sus escenas, a cual más injusta y dolorosa. Es un amor, el de Jesucristo hacia nosotros, traicionado, un amor herido, un amor burlado, un amor despreciado. Es un amor que va hasta la muerte, y se entrega totalmente por nosotros, por cada uno de nosotros. Esta es la expresión del amor cristiano: entregarse al otro porque Dios lo ama y quiere que nosotros también lo amemos, porque es nuestro hermano, porque es su hijo, y porque Jesucristo ha dado su vida en la Cruz por cada uno de nosotros. Es necesario descubrir a Cristo traicionado por los suyos, traicionado por el que ha amado más, por Pedro, a quién pondrá al frente de su Iglesia. Entregado por otro de los Doce Apóstoles, por Judas.

El amor de Jesucristo en la Cruz es totalmente misericordioso, capaz de comprensión. “*Padre, gritará Jesús, perdonales porque no saben lo que hacen*”. Jesucristo no tiene el menor gesto de acusación contra nadie. Se entrega amorosamente, muere en la Cruz y cumple así la voluntad de Dios-Padre. Jesús entra en el misterio de la voluntad de su Padre para salvar el mundo. Y si Jesús se ha entregado, es porque ha aceptado este sacrificio por amor. Librementemente, Cristo acepta esta situación.

La Pasión nos describe un gran misterio, el misterio del amor de Dios manifestado en la pasión y muerte de Jesucristo, entregada por nuestra salvación. El amor de Cristo en la cruz es un amor crucificado. Un misterio de amor desconcertante, aceptado desde la fe. El dolor y el sufrimiento eran tan profundos, tan inaguantables, que Jesús exclamó: “*Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz (este sufrimiento), pero no sea como yo quiero, sino como quieras tu*” (Mt 26,39). Jesús, abandonado por todos grita en la cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (Mt 27,46). A continuación sus palabras serán de confianza, de paz, de apoyo en el amor de su Padre: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (mi vida)*”. Es un abandono confiado en los brazos y el corazón lleno de amor de su Padre Dios. Es un amor que va hasta el extremo y, a la vez, es la Cruz en todo su horror. Si miramos a Cristo clavado en la Cruz descubrimos que no hay nada más que amor crucificado, pero un amor resplandeciente, el del Hijo de Dios.

Si aplicamos a nuestra vida concreta de cada día estas reflexiones en torno a la muerte de Jesucristo, entendemos que es preciso desde criterios evangélicos **dar muerte, morir a muchas cosas en nuestra vida**. Como Jesús, dar muerte o saber morir es destruir las raíces del pecado que hay en nuestro corazón; saber morir es enterrar el egoísmo y dejar marchitar el orgullo; saber morir es ser constructor de paz y desterrar la guerra, la soberbia y la violencia; saber morir es tener capacidad de servir generosamente a los demás; saber morir es amar a Dios y a los hermanos con todo el corazón; saber morir consiste en sonreír ante la adversidad y arrancar el pesimismo del corazón humano; saber morir es vivir en gracia de Dios y destruir el pecado; saber morir es dar la vida, como Cristo en la cruz, para salvar y redimir.

Con la Pasión y la Muerte de Jesucristo en la Cruz podemos decir que había llegado la “**Hora del Señor**”, la hora del amor de Dios en Jesucristo y éste muerto y resucitado.

Dice el Señor: “*Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto*”. Estas palabras son aplicables no solamente a Jesús sino también a todos y cada uno de nosotros.

Ante la Pasión y la Muerte de Jesús podemos decir ha llegado la Hora del amor de Dios y del compromiso cristiano.

* HA LLEGADO LA HORA en donde, la muerte, lejos de ser un fracaso, será por Cristo, culmen de una misión. En donde el llanto y el dolor, por la vida, serán respuesta y salvación para todo el que, mirando a Jesús, esté dispuesto a morir un poco.

* HA LLEGADO LA HORA en la que, sin ver frutos aparentemente, descubramos que es importante sembrar, dar y entregarnos, aún sin recibir agasajos aquí y pasar como fracasados.

* HA LLEGADO LA HORA de saber que, estando unidos a Cristo, nuestro mañana incierto será una Pascua definitiva y feliz. De soñar que, el mundo roto y sin horizontes, contará con un Aliado en el más allá invitándonos a superarnos, a levantar la cabeza, a alzar nuestros ojos a la invitación de Dios.

* HA LLEGADO LA HORA en que, además de abandonarnos en las manos amorosas de Dios, nos empeñemos más en nuestra misión evangelizadora y de testimonio y ejemplo de vida. Es preciso que avancemos por la vida despertando fe y esperanza, ilusiones y caridad, alegría y gozo.

* HA LLEGADO LA HORA de contemplar, frente a frente y sin miedo, la pobreza que cuelga de la cruz. De contemplar, sin dudas ni temores, la riqueza de amor que se desangra en la cruz. De contemplar, con agradecimiento y fe, el Misterio Divino que muere y calla en la cruz.

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Dios todo amor, os bendiga y os proteja. Que os conceda comprender este inmenso misterio de amor e insertaros en él, desde la fe, en la paz y la alegría. Que así sea.